

El sobresalto de Bombay

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 7.12.08

Se ha dicho de los atentados múltiples de Bombay entre los días 26 y 28 del mes pasado que suponen cambios cualitativos y cuantitativos respecto a los habituales en las diversas formas del terrorismo que con frecuencia se suceden en India. Es así en cuanto no se trataba de colocación de explosivos, de kamikazes o coches bomba, sino de ataques simultáneos a diversos lugares por gente armada con fusiles y bombas de mano, llegados por mar, en una especie de acción de guerrilla urbana. A la hora de escribir estas líneas están todavía por aclarar el número de terroristas y la identidad de la organización a que pertenecían. El Gobierno indio ha hablado de islamistas que procedían de Pakistán.

Antes de entrar en lo que esto puede implicar, algunos datos deben ser colocados en el debido contexto. La lista de atentados terroristas en India es larga, muy larga. Y no lo es menos el número de localidades en que se han producido en varios años. Cuatro de ellos en Bombay. Incluso con más altas cifras de víctimas. Lo único que puede por tanto calificarse de nuevo es el ataque múltiple y simultáneo, perfectamente planeado y ejecutado. Sobre todo contra lugares emblemáticos que han proporcionado una gran difusión internacional a los hechos como son los hoteles Taj Mahal y Oberoi Trident. Que la matanza afectara a muchos extranjeros, especialmente europeos y estadounidenses, ampliaba el efecto internacional de la operación. Bombay, la inmensa capital económica del país, con por lo menos 12 millones de habitantes, es, por sí misma, un punto certero para obtener amplia resonancia mundial de la acción terrorista.

Hablar del terrorismo islamista en India significa adentrarse en un mundo complejísimo, en una cantidad y diversidad de organizaciones radicales, armadas, con más que probada capacidad de golpear. A las cuales hay que añadir grupos terroristas de otra naturaleza. Los hindúes extremistas, no menos activos y agresivos; los maoístas, y los que defienden secesionismos regionales. Con la particular incidencia de agresiones entre musulmanes e hindúes que se agravaron desde el ataque que estos últimos efectuaron en la mezquita de Ayodhya en el año 1992.

Se trata, pues, de un terreno abonado para la violencia. Tan diverso y complejo como la India misma con sus más de mil millones de habitantes, entre los cuales, más de 140 millones de creencia musulmana. Razones suficientes para considerar las posibilidades explosivas endógenas del país, un verdadero subcontinente. Pero son posibilidades que adquieren una dimensión doblemente peligrosa por las implicaciones y relaciones con el islamismo radical terrorista de Pakistán, caldo de cultivo de profundas ramificaciones terroristas que se extienden en una gigantesca media luna territorial de violencia que comprende Afganistán, Cachemira. Pakistán, Bangladesh e India.

Existe en Asia la conflictividad de Oriente Medio, que afecta desde Israel-Palestina, Siria, Líbano, Jordania e Iraq a Irán. Y la que tiene su nudo en un Pakistán fácilmente convulso, enfrentado a India desde la hora misma de su creación en 1947, al finalizar el dominio británico. Tres guerras sucedieron a la separación de Pakistán e India. Pero donde el islamismo radical terrorista ha encontrado sus bases más prolíficas de nacimiento y expansión ha sido en el permanente conflicto indo-pakistaní por la

posesión de la dividida Cachemira y en las sucesivas y durísimas contiendas de Afganistán. Primero la de los musulmanes contra el ejército soviético. Después, la de los talibanes contra los señores de la guerra afganos. Posteriormente, la de EE. UU. contra los mismos talibanes mediante apoyo a grupos tribales. Y ahora de fuerzas militares norteamericanas y de la OTAN contra el regreso con fuerza de los talibanes a Afganistán desde santuarios situados en el revuelto y siempre caliente nordeste tribal de Pakistán.

Actualmente el conflicto mediorienta parece estar en un paréntesis de baja intensidad, tal vez a la espera de que Obama y su equipo comiencen a gobernar en EE. UU. Incluso en lo que respecta a la guerra de Iraq. En cambio, los atentados de Bombay nos recuerdan que está viva la tensión en el área Afganistán-Pakistán-India-Cachemira-Bangladesh. Con una guerra de creciente intensidad y presencia militar norteamericana y de la OTAN en tierra afgana que, en palabras de Obama, merece más atención que Iraq. Hay, pues, una zona de violencias en la que están implicadas dos naciones, Pakistán e India, superpobladas y superarmadas que disponen de bombas nucleares.

Pakistán es un país prácticamente tercermundista y sólo relativamente democrático. India es una de las potencias económicamente emergentes, en la que están agudizadas todas las contradicciones y rupturas propias del rápido crecimiento. Y atentados como el reciente de Bombay obligan a medir el grado de presión existente en el gran eje central que separa el Asia mediorienta - árabe e iraní-de la extremorienta china y del sudeste (Vietnam, Camboya, Laos, Malasia, Tailandia, Singapur). Un eje cuya estabilidad es esencial para la paz mundial. Por ello, los mismos gobiernos de Nueva Delhi e Islamabad habían abierto caminos en busca

de entendimiento. ¿Es precisamente esto lo que los terroristas querían quebrar? Es de esperar que prevalezca la cordura.